

Artículos publicados en el semanario *Lancelot* durante el año 1997

Antetítulo: Réplica a Las Tres Esquinas

Desempleo y regeneración política

Ramiro Arbelo

(Lancelot nº 721, 16-22 de Mayo de 1997)

Tendemos a pensar que Lanzarote es un mundo aparte. Ni mucho menos: en lo que a los medios de comunicación se refiere, estamos a la última. La batalla fratricida que se produce entre los grandes medios madrileños se reproduce, con otras coordenadas, en nuestra isla. El enfrentamiento sin cuartel entre *El País*, *Canal Plus* y la *Cadena Ser* de una parte; y, por la otra, *El Mundo*, *ABC* y la *Cadena Cope* tiene un correlato conejero: la posición del *Lancelot*, *Canal 28* y *Radio-Tele Volcán* frente a la de *La Voz* y *Radio Lanzarote*. Bien es cierto, que a este semanario lo podemos asimilar, por sus formas, al más agradecido bando del Grupo Prisa; pero ello no es obstáculo para que sea obvio constatar la tremenda politización de los medios lanzaroteños.

Nos sirve esta introducción para tratar de polemizar con la última columna de Mario Alberto Perdomo, titulada "Fuerte *empute*", aparecida en el nº 720 de esta revista. Se dedica Perdomo a la glosa del "pausado, sereno y certero Juan Carlos Becerra" y a mostrar lo "risible y patético que resulta el inventor del transfuguismo en Lanzarote": Dimas, para más señas. Iniciemos nuestros comentarios al hilo de los suyos.

En primer lugar, "la necesidad de renovar la manera de entender y de hacer política". ¿Podríamos coincidir en que para renovar la política es necesario partir de alguna ideología? Pues bien, en la entrevista a Becerra, mencionada por el columnista, no encontramos trazas de tal cosa, de la misma manera que en todo lo publicado con relación al PNdL. A no ser que entendamos por ideología representar "la madurez del nacionalismo en la isla" y calificar de aberración el fenómeno insularista. En este caso, tendríamos que convenir que la diferenciación ideológica de los partidos obedece a cuestiones geográficas: una isla para Dimas, siete para el PNdL y todo el territorio español para el PSOE y el PP. Ni izquierda ni derecha, exclusivamente ámbito territorial. ¿Es posible que ya no haya más diferencias? ¿Son todos tan iguales? Por mi parte, me permito dudar.

Hoy en día lo importante es el poder, no nimiedades como la ideología. En este aspecto, para Becerra "no cabe duda de que somos el principal partido de Lanzarote", y eso, sin haberse presentado siquiera a unas elecciones, no deja de tener mérito. Como argumentos: la alcaldía de Arrecife y el senador por la isla, entre otros. ¿Habría olvidado Becerra, y quizás Mario Alberto, que estos cargos públicos fueron ganados por el PIL en las últimas elecciones? ¿O será este el camino "para romper con las formas anticuadas y caciquiles que han caracterizado la política conejera"? Mucho más novedoso resulta, desde luego, obtener los cargos sin pasar por la ventanilla electoral.

Pero, como suele decirse por aquí, tan importante como la ideología o los partidos son las personas. En esta faceta también nos ilustra Perdomo: "la consolidación de nuevas personalidades en la vida política local y canaria, como es el caso de Becerra". Si la última novedad es alguien que ya hace años fue consejero del Gobierno de Canarias y lleva cerca de veinte años en la política, apañados estamos; a lo mejor estaba pensando, también, en el *nuevo* alcalde de Tinajo: Luis Perdomo; o tal vez, las *recientísimas* incorporaciones a la política que suponen Juan Ramírez, José M0 Espino, etc.

Parece que la historia va por otros derroteros, muy distintos. Lo cierto es que parte de los políticos de toda la

vida estaban muy cerca del paro, por varias razones: una, el fiasco electoral de CC en Lanzarote; otra, la escisión en el PIL; y, finalmente, la carajera en el grupo socialista del ayuntamiento de Arrecife. Podría ser que alguien esté pensando en regenerar la política local, pero no cabe duda de que la primera función del PNdL ha sido acoger a un montón de políticos a punto del subsidio de desempleo.

Una vez resuelto el asunto de la ideología, continua Perdomo con el proyecto político: "Pausado, sereno y certero, Juan Carlos Becerra articula reflexiones de presente y de futuro para Lanzarote y para Canarias". Uno relea la entrevista atónito: no, no había leído mal, de Canarias ni habla, y reflexiones sobre Lanzarote, lo que se dice reflexiones, pocas. A no ser que consideremos como tal la única afirmación más allá de las *nuevas formas*: "el PNdL será positivo para la economía isleña, porque generará confianza empresarial". Es posible que sea cierto, pues el número de empresarios que avalan la operación es notable. Pero de qué hacer con esa confianza o con esas inversiones, ni mención. Cuando se habla de reflexión espera uno algo más, un proyecto político; de momento, seguiremos a la espera.

Termina Perdomo refiriéndose al transfuguismo -al de Dimas-, recordándole el pacto de las tuneras "o el más reciente episodio en Arrecife, por el que Juan Carlos Hernández se desmarcó del PP para hacer alcalde a Cándido Armas". ¿Tendrá este Cándido Armas algo que ver con el que es una de las cabezas del PNdL? A ver si nos ponemos de acuerdo: llamamos tráfuga a quien cuando abandona un partido se queda con el cargo público para el que fue elegido en las listas de aquella organización, independientemente de otras razones políticas que puedan producirse. Parece ser este, literalmente, el caso de Cándido Armas, Juan Carlos Becerra, Pedro de Armas, Jose M0 Espino y, en la pasada legislatura, Juan Ramírez. Aunque duela, la realidad es esa. ¿No hubiera sido más congruente con la regeneración que se pretende, abandonar los cargos y fundar después un nuevo partido y bajar a la arena electoral?

No se entiendan las líneas anteriores como una demonización del PNdL. Yo mismo me felicito porque se puedan producir cambios en el espacio nacionalista, que, por otra parte, siempre tendrá un componente localista. Cierto es que las formas y la política que Dimas Martín representa son más que reprobables -ahí están los jueces para confirmarlo-, pero las ganas de cambios no nos pueden llevar a obviar aspectos de la realidad. En resumen, escasea en el análisis de la política conejera un mayor rigor del que emplean los medios de comunicación. Además, en política, como en casi todo, conviene atender más a lo que se hace que a lo que se dice.

Sumario: "Cierto es que las formas y la política que Dimas representa son más que reprobables -ahí están los jueces para confirmarlo-, pero las ganas de cambios no nos pueden llevar a obviar aspectos de la realidad"

El pecado de la altura

Ramiro Arbelo (Lancelot nº 724, 6-12 de Junio de 1997)

Un fantasma recorre Arrecife, un rumor que nos habla de que la solución a todos nuestros problemas ha llegado. Puede que les cueste trabajo creerlo, pero así es: el urbanismo de nuestra capital va a entrar en una nueva era. En poco tiempo, la frase *más altas torres cayeron* dejará de tener sentido en esta ciudad, a partir de entonces todos seremos mejores, más guapos y, sobre todo, más altos: el Gran Hotel va a ser derruido.

Uno de los edificios de mayor calidad arquitectónica que en Arrecife se han construido en los últimos 50 años se ha convertido en la ejemplificación del *mal* en nuestra ciudad. La razón es clara: su altura. En una isla donde parece que el paradigma de la arquitectura es la mínima altura, el Gran Hotel parece haberse convertido en una provocación. ¿Será cierto que la bondad arquitectónica se mide básicamente por metros y centímetros arriba o abajo? Más bien parece que la arquitectura y, con más razón, el urbanismo vaya mucho más allá de este problema concreto.

El mal de altura afecta también a los defensores del patrimonio histórico y artístico en la Isla. La obsesión por defender cualquier casita baja de Arrecife, en muchos casos sin el más mínimo interés, por el mero hecho de tener más de cien años de antigüedad hace que el Gran Hotel quede fuera de su foco de interés. A pesar de que nos refiramos a un edificio emblemático, que ha marcado la configuración de Arrecife, urbanística y socialmente, durante los últimos 30 años. Pobre concepción de lo que es el patrimonio la que nos rodea.

El rascacielos cumple en la ciudad moderna el papel del *campanile* de las iglesias en la ciudad gótica o renacentista: la referencia, el emblema. Bien es cierto que este punto de referencia desaparece si las grandes torres se multiplican en exceso, como ocurre ya en la mayoría de las ciudades; pero no es este el caso de nuestra capital donde la singularidad acentúa este componente referencial. La obsesión por la uniformidad que impera en la sociedad conejera no parece tener correlato en ninguna de las más bellas ciudades que a lo largo de la historia se han construido.

Si el problema es meramente estético deberíamos entrar en una discusión en este terreno, y no dejarnos llevar por sentimentalismos basados en bucólicas y románticas impresiones construidas, además irracionalmente, sobre la idea de que cualquier tiempo pasado fue mejor. Pero, en todo caso, si la conclusión se sigue manteniendo, es evidente que para evitar agresiones estéticas la prioridad debería ser derribar el más horroroso de los edificios de la ciudad: el del nuevo Cabildo.

¿Realmente el mayor problema de Arrecife es el Gran Hotel? Seamos serios. ¿No se le ocurre al Ayuntamiento algún otro desastre, urbanísticamente significativo, en el que centrar sus esfuerzos, o sus objetivos de cara a las próximas elecciones? Y con respecto a *Ciudadanos por Arrecife*: quienes han realizado la más seria aportación al diseño futuro de nuestro litoral ¿también opinan que éste es el gran problema? ¿No encuentran mejor destino a la buena cantidad de millones que se van a enterrar en la operación?

Porque estamos hablando de unos cuantos cientos de millones. El que se nos diga que el dinero del derribo lo asume el Gobierno de Canarias no debería hacernos pensar que ese dinero es menos nuestro, sobre todo si luego nos dedicamos a criticar a los insularistas. Por otra parte, el que el desembolso municipal se realice en terrenos de la zona 12 no deja de ser lo mismo que si pagáramos con dinero.

Ese dinero, esos terrenos estaban ya previstos en el planeamiento con el objetivo de formar moneda de cambio para recuperar el Islote del Francés. Y, francamente, parece mucho más conveniente dedicar esfuerzos y dinero para conseguir los 70.000 m² que los escasos 3.000 del Hotel. Si se argumenta que deben lograrse los dos objetivos, yo planteo que, puesto que todo debe hacerse por partes, la prioridad del Islote del Francés es clara. Ya comprendo que allí no puede organizarse ninguna movida y terminarse antes de las próximas elecciones.

En cuanto a la recuperación del litoral, o la apertura al mar de Arrecife no sólo el Islote del Francés es una prioridad más evidente. Teniendo en cuenta que los terrenos que rodean el Gran Hotel se van a recuperar, circundar el Hotel es posible y, desde esta perspectiva, puede decirse, con claridad, que el gran edificio será un problema menor que el que supone el del Casino, que cierra más el acceso al mar. Y, como mínimo, en las mismas condiciones nos encontramos con el Parador, edificio cuyo interés arquitectónico es incomparablemente menor.

La realidad es que nos encontramos ante dos hechos: por una parte, un negocio empresarial privado claro, o quizá no tan claro cuando haya que entrar en la batalla del gran aparcamiento que se propone (esperaremos la reacción de *Ciudadanos* cuando les hayan colado el derribo). Además de obtener mucho más de los cerca de cuatrocientos millones que les ha costado el ennegrecido edificio nos lo van a vender como el gran favor que nos hacen. Y, por otra parte, la zanahoria electoral del gobierno municipal. Esperemos, además, que el

negocio privado y la zanahoria no tengan oscuras relaciones.

Arrecife es el gran conflicto urbanístico de Lanzarote. Con todo lo que hay que construir resulta, cuando menos, inconsecuente gastarse el dinero en destruir. Terminemos insistiendo en el mismo interrogante: ¿es realmente el Arrecife Gran Hotel el gran problema de la ciudad, donde debemos gastarnos tal cantidad de millones?

Antetítulo: La propaganda de Manolo González

Título: **Vuelve la patria**

Ramiro Arbelo (Lancelot nº 726, 20-26 de Junio de 1997)

Hace dos semanas se publicaba en este semanario una entrevista con Manolo González. Tres páginas sin desperdicio. Con su habitual facha, Manolo se preparó para la entrevista vistiendo una camiseta con la palabra *Euskalherria* bien visible; muy apropiado para el asunto a tratar: el nacionalismo. Quizá, lo de la camiseta fuera por el hecho de que, según sus palabras: "Pocas cosas me apasionan tanto como la propaganda". Desde luego propaganda se hace, la modestia no parece ser una de sus virtudes: ¿errores en su trayectoria? O no los detecta, o no los tiene como tales.

En su afán de aguerrido propagandista del fundamentalismo nacionalista nos habla, como botón de muestra de su vasta cultura, de James Joyce: "no es más que un nacionalista irlandés... eso sí, con muchos recursos lingüísticos". En lo de los recursos lingüísticos parece que el acuerdo es generalizado, pero tratar de llevarse a Joyce al huerto del nacionalismo, más bien resulta un desvarío, puesto que de errores no podemos hablar pues él o no los comete, o no los detecta, o no los tiene como tales. No obstante, sin atrevernos a señalarlo como un error, sí nos gustaría recomendarle -para incrementar su ya notable cultura- la lectura del *Ulysses* o, si los recursos lingüísticos le resultan muy farragosos, una magnífica biografía de Joyce escrita por Richard Ellmann. Nunca sobra un poquito más de cultura y, además, así podría sacar la pata de donde la ha metido.

De todas formas en la entrevista encontramos afirmaciones mucho más sustanciosas, aunque menos literarias. Es una lástima que, el reducido espacio de este artículo, no permita comentar la mayor parte de las numerosas extravagancias vertidas en la entrevista. Por resaltar lo más importante, comencemos por lo que define a un nacionalista. Primer mandamiento: "Amar a tu pueblo y a tu tierra como patria, y practicar". ¿Pudiera entenderse que exclusivamente los nacionalistas aman a su pueblo y a su tierra? No, no es eso, la miga del asunto debe ser el *como patria*. Ah amigo, con la patria hemos topado.

De hace ya años, recuerdo una canción clandestina que hablaba de la patria: *Dicen que la patria es / un fusil y una bandera, / mi patria son mis hermanos / que están labrando la tierra*. Viene al caso la cancioncilla porque a algunos nos basta con los hermanos y la tierra, pero otros sin fusil y bandera no le encuentran la enjundia suficiente. Y es que en esto de la patria y el nacionalismo, los predecesores de Don Manuel son numerosos, algunos ilustres: Hitler, Mussolini, Stalin, y el nacionalista español y patriota, que nos obligaba a cantar la mencionada canción con las orejas: Franco.

Como puede verse, la intolerancia de estos planteamientos esencialistas acerca de la nación, no es algo que se produzca exclusivamente en las conciencias nacionales minoritarias, sino que, con frecuencia, ha ido de la mano de los sentimientos unitarios de los estados nacionales o imperiales. Lo que sí es común a la idea del nacionalismo es la base autoritaria en la que se asienta: la justificación política deriva de la pertenencia a una comunidad cultural, que se estima natural, por encima de la incorporación racional y voluntaria a una sociedad política.

Se quiebra así el ideal democrático, o republicano que dirían los franceses, que identifica a la comunidad nacional con el acto colectivo de voluntad de constituir la nación; dicho de otra forma, la asunción y la construcción por los miembros de la comunidad de su propio destino político. Si en el ideal republicano, la nación la forman los ciudadanos, en el ideal nacionalista la componen los "nacionales"; y los "nacionales" lo son por su pertenencia a una raza, a una etnia, por su lengua o por un etéreo *espíritu* del pueblo. Estamos ante una pretensión de legitimidad que se opone, centralmente, a la justificación democrática del poder político: al acuerdo *voluntario* de los ciudadanos.

Al menos en la teoría, ciudadano se es por voluntad, "nacional" se es por obligación, por pertenencia a determinado grupo tribal o cultural. Resulta evidente que los hombres pertenecen a comunidades culturales. Pero eso más bien nos lleva a la necesidad de afirmar, por una parte, la compatibilidad de culturas en un mismo individuo y, por otra, a propugnar políticas e instituciones que defiendan y promuevan tales culturas. Por el contrario, el nacionalismo busca subrayar una identidad cultural –a la que llama nación– por encima de las demás y atribuirle la legitimidad política.

No está lo dicho en contradicción, ni mucho menos, con el derecho a la autodeterminación que todo pueblo debe poder ejercer, sino con los mecanismos para conformar la voluntad de ejercer ese derecho. En el caso de Manolo González, los mecanismos son claros: "Canarias tiene que ser independiente obligatoriamente". Y cuando la cosa es *obligatoriamente*, poco tiene que ver con racionalidades y voluntades libremente construidas. Cualquier canario que no crea en la *obligatoria* independencia de Canarias acabará siendo un traidor o, bien, alguien a quien el poder colonial le ha sorbido el seso, o sea, un estúpido.

Para desgracia del entrevistado, la mayoría de los canarios no parecen estar por la independencia ni por ser *africanistas*. A pesar de que en su opinión, los africanistas "somos miles y miles. Cada día decenas de canarios más en todas y cada una de las Islas. Y finalmente, la población sabrá que es la raíz, esto es la parte más importante, de su identidad como miembro de la comunidad nacional". Volvemos a las andadas: *lo más importante, la raíz*. El hecho de que la *raíz* tenga más de mil años, no impide que sea más importante que todo lo ocurrido posteriormente. Al final va a resultar imprescindible recurrir al ADN para averiguar quién viene de la auténtica raíz y quién es, simplemente, un advenedizo. Aunque también entra dentro de lo posible, que la inmensa cantidad de canarios africanistas (¿un nuevo *Afrika Korps*?) que ve el Sr. González, obedezca, no a un error, por dios, sino a problemas de visión.

Quizá este problema pudiera resolverse con la apostilla final del primer mandamiento del buen nacionalista: "y practicar". Porque no sirve con ser un buen cristiano, con "amar a tu pueblo y a tu tierra", hay que "practicar", ir a misa y comulgar. El problema reside en que el furor por la patria que le ha entrado a nuestro entrevistado puede resumirse con facilidad en aquella frase del duque de Ahumada que reza: TODO POR LA PATRIA. Y, la verdad, las prácticas que uno recuerda bajo ese lema no se las deseo ni a mi padre. Las más recientes prácticas nacionalistas y patrióticas han sido las acometidas en ese territorio que, con anterioridad a las mismas, denominaban Yugoslavia. Actividades patrióticas que vinieron precedidas por la multiplicación de discursos irracionales, del mismo tipo del que nos ocupa, y de sus prácticas consiguientes.

Jugar con fuego es siempre peligroso. Pero no podemos descartar la posibilidad de que no sea eso lo que se pretende, sino, tan sólo, buscar trabajo. Cómo si no podemos entender la siguiente afirmación: "ellos tienen ideas y capital político suficiente para hacer frente a la situación de las Islas, ya no hablo de Lanzarote; ellos, unidos y con objetivos claros, podrían ser el ariete del movimiento con el que sueñan cientos de miles de canarios". Y *ellos*, aunque les cueste creerlo, son Dimas y Becerra. Otra vez la vista: *cientos de miles* de canarios esperando a los dos políticos conejeros, y *uno* que parece postularse para abrirles los ojos y explicarles como sacarnos las castañas del fuego a todos. Mire Vd., los canarios tenemos otros sueños, más allá de Dimas, Becerra y Manuel González; es más, nos podemos apañar sin salvadores. A ver sí al final la conclusión de la entrevista tendría que haber sido: joven exparlamentario, o exjoven parlamentario, busca

trabajo en la política, preferentemente sector nacionalista.

Antetítulo: Desarrollo "sostenible" conejero

Título: **¡Bien por la economía!**

Ramiro Arbelo (Lancelot nº 728, 4-10 de Julio de 1997)

Lanzarote no es una excepción, como en el resto del país la economía "va bien". En realidad, en España todo "va bien", como argumenta el Sr. Aznar; quien opina que, en parte, se debe al milagro que él encarna. Otros creen que lo realmente milagroso es que alguien como él sea presidente. ¡Qué poco respeto tienen algunos! Aunque gustos y milagros las opiniones siempre resultan de lo más variopinto.

Sin embargo, en el terreno de la economía, parece que las opiniones coincidentes en que la cosa "va bien" son unas cuantas, mayoría en la opinión publicada. La "economía", como todo, es propiedad privada. El poder y los economistas deciden cuando nos "va bien". Por lo tanto, no tema, cuando se argumenta que la economía "va bien", no se refieren a nosotros, se refieren a la "economía", algo que al parecer no tiene nada que ver con la población que la sufre.

De no ser así cabría pensar que unos cuantos se han vuelto locos. No, nada tiene que ver la existencia de 3,5 millones de parados con que la economía "vaya bien", ni que, según Cáritas, existan 8 millones de pobres en España, ni que las desigualdades entre los más ricos y los más pobres continúen en aumento. A pesar de sus dudas de Vd., la economía "va bien". Y es cierto, para una minoría del país la economía va mejor que bien, va estupendamente.

En las islas únicamente se da un matiz diferente: la economía "va bien" con dos o tres años de antelación que en el resto de España, luego... no parece que nuestra prosperidad se deba al efecto milagroso de la presidencia del Sr. Aznar. También en Lanzarote, parece que la opinión sobre la bonanza de la situación económica es bastante generalizada. Además, se dice que el crecimiento económico es más tranquilo, más sosegado que el de los años 80, por lo tanto, más "sostenible". Todo son parabienes.

La crisis de finales de los 80 y principios de los 90 se desvanece en el recuerdo. ¡Viva la fiesta! ¿Quién se acuerda ya de cuando se podía conseguir una cama turística por 1.000 pts. diarias? Hace tan sólo media docena de años, pero la memoria, afortunadamente, es frágil, sobre todo cuando no queremos recordar nada que enturbie nuestra actual luna de miel con la "economía". Hacemos bien, el amor hay que mimarlo, que si no se marchita.

En cualquier caso, existen algunos agoreros por aquí que se empeñan en recordar. Defienden que en Lanzarote nunca hubo una crisis que viniera de fuera. Mantienen que si la afluencia turística pasó de unos 200.000 visitantes en el año 85 a un millón y medio en el 95, y nunca se produjo disminución alguna con respecto a años anteriores, la crisis la creamos aquí, no la importamos. No creo que seamos tan malos, seguramente la crisis se debió a algún efecto *milagroso* y, del que por tanto, no somos responsables.

Aunque los aguafiestas insisten. Les da por pensar que estamos volviendo a tropezar dos veces en la misma piedra. En vez de alegrarse por lo bien que nos va, sostienen que el crecimiento de estos últimos años y los varios miles de camas construidos son la manifestación evidente de que volvemos a las andadas, de que edificamos nuestra próxima crisis. Piensan que por algunos miles de camas de más los precios de éstas volverán a bajar. ¡Que tontería! No se puede pensar que por aumentar la oferta vayamos a afectar a la demanda, ¿o sí se puede?

Los pesimistas vuelven a la carga: recuerdan que en la última encuesta turística de nuestro excelso Cabildo

aparecía algo inquietante. Se refieren a que entre los motivos de queja, afortunadamente escasos, de nuestros visitantes sobresalía un concepto importante: masificación. Pero no se han dado cuenta de que, en este sentido, estamos a salvo: ¡tenemos el PIOT! Podría ser que les entraran dudas sobre el hecho de que si el problema de masificación comienza a surgir con 50.000 camas ¿qué pasará cuando tengamos las 85.000 que admite el Plan? Pues nada, seremos más en la fiesta, más divertido.

Pero estos pesados no se rinden con la historia de la masificación, subrayan que en el año 85 se dejaron parte del monedero en Timanfaya 340.362 turistas y que en el 95 fueron 872.050 los que se retrataron. No vamos a pensar que no se puede seguir creciendo, (estaría bueno! Además, ahora que se discute el plan de uso de Timanfaya seguro que nuestro Cabildo, necesitado de pelas, encuentra la manera de meter allí unos cuantos cientos de miles de *guiris* de propina, aunque haya que enlatarlos. Y si la cosa se pone seria, ya montaremos otra erupción volcánica, que ahora con esto de la tele y las batallitas digitales nos reportaría ingresos mil.

Otros argumentan que del millón y medio de visitantes un millón largo vienen de dos lugares: Alemania e Inglaterra. Vamos que como estornuden en estos dos países lo de aquí puede ser grave. Pero bueno, son ganas de fastidiar: ¿por qué van a tener que estornudar allí, con el clima tan estupendo que tienen? Y todo porque les da por preocuparse por la excesiva dependencia de la economía local. Como si no tuviéramos petróleo u otro montón de materias primas para defendernos; sin olvidar la *pujanza* de nuestras fuentes tradicionales de riqueza: la agricultura y la pesca; una cebolla y una vieja y a vivir que son dos días.

Luego están los ecologistas esos, que por salir en los papeles ya no saben ni que decir: que si el territorio es escaso y frágil; que si es el gran valor turístico de la isla; que si no se qué de un tal Manrique; que si hacer agua cuesta petróleo; que si se nos queda pequeño el basurero; que si el transporte público es clandestino; que si que narices pasa con Arrecife... Vaya muermo de gente. Al final terminarán diciendo que esto no es "sostenible".

Por ahí, sí que no paso. Todo lo que se hace en Lanzarote es "desarrollo sostenible", ¡sólo faltaría! Así que si vienen un millón y medio de turistas ¿por qué no vamos a poder meter tres millones? Vamos, digo yo. Y si hay medio millón de alemanes dispuestos a pagar el precio de nuestras camas ¿por qué no podemos encontrar un millón? Además, todo sería "sostenible", así que críticas ni una. En resumen, una maravilla. Nuestra economía no sólo "va bien", sino que va a ir de cine. El único problema real es meter en cintura a tanto aguafiestas y que nos dejen disfrutar.

Sumario: ¿Quién se acuerda ya de cuando se podía conseguir una cama turística por 1.000 ptas. diarias?

Superficie grande, ande o no ande

Ramiro Arbelo (Lancelot nº 730, 18-24 de Julio de 1997)

La futura implantación de *Superdiplo* en la Isla, en el *Deiland Plaza* de Playa Honda, ha dado lugar a que se manifiesten últimamente opiniones sobre las ventajas o inconvenientes de las grandes superficies comerciales. Uno no va a ser menos y quiere también terciar en la polémica. Los comentarios que siguen surgen a raíz de escuchar, hace unos días, la tertulia *El Sorondongo*, en la que desde *el lago* nos muestran cada día el *canon* a utilizar con cualquier asunto de la actualidad.

Como siempre, el argumento estrella de la discusión es la posible disminución de los precios. Defendía Mario Alberto Perdomo la tesis de que, como pasa con los pasajes aéreos, al final se acaba cayendo en el

oligopolio y los precios se pactan contra los usuarios. En frente, Jorge Coll abogaba por la evidente ventaja que en este terreno suponen estas grandes superficies comerciales. No obstante, cuando hablamos de costes resulta obligado pensar en todos, no exclusivamente en los que se abonan en la caja del *super*. Sin pretender abarcar la totalidad, tratemos de pensar en algunos de ellos.

Cualquier referencia a estos grandes centros debe llevar aparejada la constatación del uso del coche como vehículo de transporte exclusivo para realizar compras en ellos. Por lo tanto, tenemos que pensar, obligadamente, en el coste de este transporte. Empleando los baremos usuales que utilizan las empresas (que no regalan nada), podemos calcular que un coche medio puede costar unas 35 pts. por km. Si realizamos un desplazamiento de 15 kms. para hacer nuestras compras y volver a casa habremos gastado, redondeando, 500 pts. en el transporte; si el descuento medio de una gran superficie puede suponer un 5% –y de ahí no pasa– nos acabamos de estallar el beneficio de una factura de 10.000 pts.

Además, como cualquier estudiante de *marketing* sabe, la cantidad y la exuberancia de los productos, más la facilidad para añadirlos al carrito, consiguen que el consumo superfluo esté garantizado. Un mecanismo más para engrosar nuestra factura por medio del despilfarro *científicamente* inducido.

No obstante, no podemos tener en cuenta sólo lo que pagamos directamente en la caja registradora. Lo cierto es que, también, tenemos que hacer frente a otro tipo de gastos más generales, pero que no por ello dejamos de pagar. Los grandes comercios en las afueras generan un tipo de urbanismo que encarece nuestros impuestos notablemente. En primer lugar, dan lugar a una masiva utilización del automóvil que obliga a construir más y mejores carreteras. Y que no quede duda de que las pagamos nosotros. Pero lo que sucede con las carreteras es lo mismo que ocurre con el resto de los servicios imprescindibles: agua, electricidad, alcantarillado, etc. Como puede observarse la factura se sigue incrementando.

Por otra parte, seguro que Jorge Coll estará de acuerdo en la evidencia de que la extensión de este tipo de superficies en nuestro país, y el cierre generalizado de pequeños comercios que acompaña al fenómeno, ha llevado al paro a un notable número de trabajadores. Pues bien, ahora tendríamos que calcular cuanto nos cuesta a los españoles, al bolsillo de cada uno, mantener funcionando un país con 3 millones de parados. Y no pienso tan sólo en subsidios, sino también en los gastos a desembolsar por la inseguridad ciudadana, la marginación y la violencia que la pobreza acarrea. Sin entrar en la manera de vivir a la que nos obligan, ya que esto para los economistas no tiene cuantificación. Se pueden encontrar más costes, pero estos cuatro párrafos resultan suficientes para defender que las grandes superficies comerciales son muchísimo más caras de lo que algunos creen.

No olvidemos, además, que no están a disposición de todo el mundo. Cuando hayamos acabado con el pequeño comercio del centro de la ciudad nos daremos cuenta de otro problema: más de la mitad de la población no tiene carnet de conducir. Cuando el abuelo o la abuela quieran hacer la compra tendrán que llamar a Jorge Coll para que les acerque al *Superdiplo*. El día que queramos enviar al chinijo a por garbanzos habrá que pagarle el taxi.

Resulta necesario resaltar el hecho de que esta actividad consigue que el sector pase a depender del gran capital de fuera de la Isla. Capital que si un día vienen mal dadas no tendrá ni el más mínimo escrúpulo para buscar lugares más rentables. Nuestra dependencia exterior, y por lo tanto nuestra inseguridad económica, amentará de forma significativa. En este sentido, también hubo algún comentario en la mencionada tertulia: el de Puri Rodríguez propugnando la conveniencia de defender nuestra economía local. Completamente de acuerdo, aunque no es necesario adornarlo con exageraciones sobre la infinita bondad de nuestros productos agrícolas. Que uno sepa, en Lanzarote la agricultura biológica brilla por su ausencia, así que nuestros productos se cultivan con fertilizantes y pesticidas químicos, como está mandado.

Otro dato que se menciona con frecuencia, y con razón, es la comodidad que para el consumidor suponen

los *hiper*. De consumidores hablamos. A ellos se refería en la tertulia Ginés Díaz Pallarés cuando reclamaba la existencia de una potente asociación de consumidores en Lanzarote. Pero con este calificativo convertido en sustantivo se ponen de manifiesto algunos problemas. Vivimos en una sociedad donde la mercantilización ha alcanzado tal punto que la palabra consumidor se utiliza como sinónimo de ciudadano. Si razonamos como ciudadanos, o tal vez simplemente si razonamos, como se pretende en párrafos anteriores, veremos que nuestro criterio puede resultar sustancialmente diferente al que surge del mero consumidor.

Mantén Jorge Coll en aquella tertulia radiofónica la idea de que no apostar por las grandes superficies comerciales era nadar contra corriente. Por supuesto. El problema es que al final de la corriente, como le respondía Ginés, podríamos encontrarnos con una catarata. En este caso, como en muchos otros, la cascada de la irracionalidad. Dicho de otra manera: la *racionalidad* económica imperante que únicamente tiene en cuenta los costes que aparecen en los balances de las empresas, sin tener jamás presente que las necesidades de los ciudadanos van mucho más allá de lo cuantificable monetariamente.

Pero, además, cuando cuantifica monetariamente tampoco refleja más que una parte de la realidad, como hemos tratado de poner de manifiesto con los ejemplos de la primera parte de este artículo, referidos a costos económicos que no suelen tenerse en cuenta (quizá porque no interese). Aunque no es difícil entender que esto ocurra: es evidente lo sencillo que resulta tratar a la gente como consumidores, todo se puede simplificar hasta la caricatura. Sin embargo, si pensamos en personas, en ciudadanos, las cosas se complican. La vida es bastante más compleja e interesante de lo que resulta a los ojos de los economistas. Así que no nos dejemos liar con el 5% de descuento en nuestra compra, que lo que viene detrás no es poca cosa.

Sumario: *"Las grandes superficies comerciales son muchísimo más caras de lo que algunos piensan"*.

El PSOE y las malas compañías

Ramiro Arbelo (Lancelot nº 733, 8-14 de Agosto de 1997)

En pocos días podremos conmemorar el primer aniversario de la última de las usuales crisis políticas de nuestro Cabildo. El resultado fue el pacto del PSOE conejero con el gran enemigo: Dimas Martín, el líder más acosado por la justicia que recordar podamos. Las razones del pacto por parte de los socialistas resultaban bastante claras: en primer lugar, tratar de impedir el reforzamiento de CC, su gran enemigo electoral a nivel regional; después, propiciar que la división del espacio nacionalista pudiera producir, en las siguientes elecciones, que los socialistas consiguieran con mayor facilidad la presidencia del Cabildo; y, por último, la creencia de que sería más cómodo gobernar con los consejeros del declinante PIL, de quienes esperaban un comportamiento tan dócil como políticamente inoperante.

En aquel momento, resultaba evidente también el desprecio del PSOE por los deseos de sus electores, a quienes el sapo de Dimas les resultaba francamente difícil de tragar. Los socialistas contribuían de forma significativa al descrédito de la política en nuestra Isla, a fomentar la ya extendida idea de que "todos son iguales". Sus votantes no pudieron entender que fueran sacrificados a los intereses regionales del partido, ni que posibles carambolas electorales futuras primaran sobre lo que entonces se consideraba prioritario: acabar con la lacra política que Dimas Martín representaba.

Estas creencias no obedecían exclusivamente a visiones éticas o morales, sino a la realidad que suponía la política consumada en los últimos años. Años en los que cualquier proyecto de futuro brillaba por su ausencia. La única política del irracionalismo insularista consistía en la compra del electorado por medio de grandes obras y grandes despilfarros de cara a la siguiente cita electoral. La herencia de los Dimas, Honorio

y sus lugartenientes quedaba patente en el desastre económico de buena parte de las instituciones públicas conejeras.

Frente a este populismo insularista el PSOE podía ofrecer algunos apuntes de racionalidad en la gestión de la cosa pública. Una de las escasas medidas políticas pensando en el futuro de la Isla, el PIOT, fue lanzada por Enrique Pérez Parrilla; la gestión del Ayuntamiento de Tías resplandecía frente al desastre de Teguiise o Yaiza. Este capital político, ya oscurecido por los continuos enfrentamientos internos y la poco brillante gestión del Ayuntamiento de Arrecife, fue despilfarrado de nuevo por el descarnado pacto con el enemigo natural de cualquier persona de izquierdas o políticamente racional que habite en estas tierras.

No obstante, no resultaba complicado admitir la negativa a aceptar lecciones de moralidad en este asunto por parte de los antiguos lugartenientes de Dimas. Pero sí era más difícil asumir la soberbia con la que los socialistas despreciaron la posibilidad, apuntada por muchos, de que la política a realizar acabara siendo contaminada por las oscuras urgencias que acosaban al líder del PIL. Parecieron pensar que no habría problema entre decir una cosa y hacer luego lo que consideraran conveniente. Pero no será la primera vez, ni la última, en la que se acaba haciendo lo que se dice mucho más que lo que se pensaba hacer.

De hecho, los primeros problemas, al poco tiempo de llegar al poder en marzo, surgieron donde se habían producido los últimos durante el anterior pacto con el PIL: en INALSA. Como algunos predecían las "urgencias", de Dimas comenzaban a generar conflictos donde más dinero podía haber. Más tarde, volvían a salir a la palestra al resolver el Cabildo alguna de las "carencias" de Flumelan; o cuando el antaño "impresentable" Higinio ha puesto de nuevo sobre el tapete el gran problema de Dimas: el Complejo. Finalmente nos encontramos a los socialistas teniendo que tragarse la compra del material de una bodega, material tan sobrevalorado como escasamente útil, hasta el punto de ser despreciado por el resto de los bodegueros lanzaroteños.

Pero las desgracias nunca vienen solas, ni siempre de fuera. Algunos consejeros socialistas comienzan a perder el baifo: Juana Hernández considera normal, además de legal, adjudicar a dedo decoraciones a su hija, con el contundente argumento de que la niña ya es mayorcita; el amor por la familia, tan encomiable, hace presa también en quien parece destinado a convertirse en el especialista del PSOE en meteduras de pata: Miguel Angel Leal, empieza con la fulgurante y *milagrosa* ascensión de un familiar para terminar de intentar sacar la pata de la boda del Castillo.

En cualquier caso, alguna esperanza habrá que tener. No tan sólo por la excelsa tranquilidad con que el Presidente cabildicio se vanda entre las chapuzas de sus compañeros y los aprietos que le causan las "deudas" de su socio, sino porque algo del mejor PSOE queda en el Cabildo. La gestión de personas como Florencio Suárez o Carmelo García Déniz sobresalen entre tanta chapuza. Por otra parte, el propio Enrique Pérez Parrilla acaba de encargar a los redactores del PIOT un estudio sobre el estado medioambiental de la Isla, a partir del cual podrían plantearse políticas de futuro en Lanzarote. Lo que sería de agradecer, aunque sólo sea por eso de que en la variación está el gusto.

De todas formas, los indicios reseñados en las líneas anteriores no avalan posturas muy optimistas sobre el devenir de la primera institución insular. Resulta difícil negar que el Cabildo sigue dando la impresión, en la mayoría de las ocasiones, de ser una institución que trabaja tapando agujeros, en la que el futuro es una quimera, siempre más allá de la próxima confrontación electoral. Y es que, como no podía ser de otra manera, hay amores que matan: la alianza con el político más solicitado por nuestros jueces tenía que llevar aparejada unos cuantos costes nada sencillos de eludir.

La parálisis del Cabildo resulta especialmente grave en un momento en el que el desmesurado crecimiento económico está poniendo en peligro un futuro armónico para todos nosotros; cuando necesitamos imperiosamente que las palabras política y futuro vayan de la mano. Aunque no esté muy de moda la

planificación, la necesidad de proyectar el futuro que queremos aparece hoy como algo ineludible. Para ello hace falta un Cabildo que funcione, un Cabildo que haga política y se deje de tanta zarandaja y tanta bronca. No nos merecemos, aunque les hayamos votado, el triste espectáculo con que el no tan excelentísimo Cabildo de Lanzarote nos obsequia desde hace ya demasiados años.

Sumario: *"Los socialistas despreciaron la posibilidad de que la política a realizar acabara siendo contaminada por las oscuras 'urgencias' que acosaban al líder del PIL"*

Arrecife: a la espera del "gordo"

Jorge Marsá (Lancelot nº 753, 19-25 de Diciembre de 1997)

Se ha convertido ya en un lugar común la mención al desastre de Arrecife y su caracterización como el "punto negro" de la Isla. A veces piensa uno, si de tanto repetirlo no nos vamos acostumbrando a convivir con el problema hasta el punto de comenzar a ignorarlo. No obstante, aunque la insistencia se revela inevitable, conviene abandonar el terreno de las generalidades y descender a lo concreto.

Porque parece que la solución a buena parte de los desaguisados se ha transformado en una quimera imposible. O nos toca la lotería o no hay nada que hacer. La mayoría de los ciudadanos y la totalidad de los políticos aguardan la llegada del "gordo": nuestra única esperanza.

Nuestros gestores, todos, aluden al peso de la deuda municipal contraída, y concluyen en la práctica imposibilidad del arreglo si el maná no cae del cielo. La anterior corporación lo esperaba a raíz de las promesas del Gobierno de Canarias, en la ayuda de sus socios regionales en el combate con la nueva mayoría del Cabildo. El equipo actual cifra sus esperanzas, precisamente, en la afinidad con el gobierno del Cabildo.

La tradición de los años 80, el hábito de gestionar las instituciones lanzaroteñas con cuantiosos ingresos, ha calado en nuestros representantes. Por ello, piensan en las grandes obras como el único camino. Así, las referencias a las soluciones de la capital siempre son grandiosas: el Gran Hotel, el puerto deportivo, la gran operación en el Islote del Francés, los dos mil millones del Plan de excelencia turística, etc.

Además, el "gordo" debe resultar cuantioso, ya que no sólo urge acometer la gran transformación urbanística de la ciudad, sino mostrarla antes de la siguiente confrontación electoral. No se trata, por supuesto, de renunciar a bien merecidas inversiones en la ciudad por parte de otras administraciones, tan solo de poner de manifiesto que la mejora urbana no se encuentra exclusivamente en las grandes obras.

¿Qué haremos si las aportaciones demandadas no llegan o continúan retrasándose? Pues agudizar el ingenio, por el momento, en la gestión de los escasos recursos. En cambio, cuando el Ayuntamiento, "los de antes" y "los de ahora", rasca algunos millones de sus maltrechas u obtiene alguna ayuda arcas suele pensar en "decorar" pequeños espacios urbanos con monerías; pero nunca en la posibilidad de que aún con poco dinero puede "construirse" ciudad.

Vienen a cuento estas reflexiones por los proyectos de "decoración", que es lo que son, de La Plazuela y algún que otro "cacho" de calle de la ciudad. En la reforma de La Plazuela, la partida asciende a cuarenta y tantos millones –se podrían sumar unos cuantos de otros tantos pequeños proyectos–. No creo que nadie discuta que el estado de La Plazuela, por ejemplo, resulta manifiestamente mejorable. Ni tampoco el objetivo radica en cuestionar un proyecto de urbanización concreto; aunque éste no converja, como es el caso, con mis gustos personales.

¿Se puede contribuir con cantidades "pequeñas" a la resolución de los grandes problemas urbanos? ¿A la

mejora, por lo que nos ocupa, de la apariencia estética de la ciudad? ¿Al bienestar cotidiano de sus habitantes y visitantes? Yo creo que sí. La carencia de grandes inversiones no justifica el olvido de la globalidad urbana, no justifica la espera.

Pensemos, como se hace asiduamente, en la fealdad de muchas de las construcciones capitalinas, en los solares diseminados por la ciudad, en la dificultad para transitar por las calles, en cómo miramos hacia otra parte cuando los turistas nos visitan. Pero imaginemos, ahora, la misma ciudad con aceras por las que no haya que caminar en fila india o de costadillo; e imaginemos, también, que esas crecidas aceras aparecen repletas de árboles. Sin mucha fantasía, "veremos" una ciudad radicalmente diferente.

No podemos, ni podremos, aspirar a transformar y decorar cada rincón de la ciudad. Tampoco a "reconstruir" todos los edificios que nos resulten inadecuados. Sin embargo, sí es posible regar de árboles casi todas nuestras calles y camuflar tras ellos lo que nos disguste. Árboles, simplemente árboles, bien grandes y en cantidad. Aceras para caminar y árboles entre los que deambular.

Por tanto, la alternativa que más cambiaría la faz de Arrecife resulta, irónicamente, la más barata, por lo que se puede abordar a pesar de la escasez de recursos. No obstante, conviene reseñar que cuando me refiero a las aceras pienso tan sólo en su anchura, en su funcionalidad; no necesitamos suntuosos pavimentos ni historiados mobiliarios urbanos, al menos hasta que no nos toque el "gordo".

No existen grandes dificultades para que la mayoría de las calles de Arrecife ensanchen sus aceras y se plante en ellas. Aunque seguro que a muchos ya les ha venido a la mente LA dificultad: en muchas de las calles desaparece el aparcamiento para los coches si ensanchamos la acera. Efectivamente, la contradicción entre la ciudad para el automóvil y la ciudad para los peatones; digo contradicción porque no hallaremos una solución conjunta y perfecta para las dos necesidades: hay que elegir el modelo de ciudad que queremos.

En este aspecto las cosas se han clarificado. Las ciudades que dieron preeminencia a los vehículos asumen ahora las dificultades y conflictos que aquella elección ha terminado produciendo. Amén de enfrentarse a cuantiosas inversiones para recomponer su tejido urbano. Basta con desplegar los periódicos para confirmar que ésta es la gran discusión en casi todas las ciudades del mundo desarrollado.

Por lo tanto, para los que apostamos por una ciudad al servicio de los que poseen dos piernas frente a los que gozan de cuatro ruedas, la elección entre la acera con árboles y las plazas de aparcamiento nos resulta obvia. Sin olvidar, por otra parte, que las dos piernas se antojan el instrumento perfecto para darle a los pedales.

Pues bien, una vez aclarada la elección, y si se comparte, ¿cuántos árboles se plantan con los cuarenta y tantos millones de la plazuela? ¿Cuántos metros de acera funcional se trazan con la misma cantidad? ¿Cuántas "pequeñas" cantidades más podemos añadir a este proceso? Volvamos a repetir el esfuerzo imaginativo y pensemos en Arrecife si durante los últimos años se hubiera avanzado en esta dirección.

Conclusión: que no nos toque el "gordo" no debe confundirse con la parálisis. De todas maneras, esperemos al día 22, porque si nos toca a lo mejor hablamos de otras cuantas cosas más. Yo, en cualquier caso, me pido un árbol.

Sumario: La alternativa que más cambiaría la faz de Arrecife resulta, irónicamente, la más barata, por lo que se puede abordar a pesar de la escasez de recursos